

La rosa, la espada y la cruz en la vida de Bolívar

Mariano Lebrón Saviñón

Político, militar, héroe, orador y poeta
y en todo grande, como las tierras libertadas por él.
Por él, que no nació hijo de tierra alguna
sino que muchas tierras nacieron hijas de él.

Tenía la valentía del que tiene una espada.
Tenía la cortesía del que lleva una flor.
Y entrando en los salones, arrojaba la espada.
Y entrando en los combates, arrojaba la flor.

Los picos de los Andes no eran más a sus ojos
que signos admirativos de sus arrojos.
Fue un soldado poeta. Un poeta soldado.

Y cada pueblo libertado
era una hazaña del poeta
y un poema del soldado. ¡Y fue crucificado...!

Este soneto libérrimo -de fondo y forma- del postmodernista puertorriqueño Luis Llorens Torres, es un retrato perfecto del gran Libertador, Simón Bolívar, venezolano por nacimiento; americano, por la magnitud de sus hazañas y ecuménico, por el fermento humanístico de su obra colosal.

Bolívar es, sin duda alguna, cumbre de la dignidad y paradigma del ideal heroico. Algo excepcional, pero no solariego.

Grandes hombre de América lo emulan y lo buscan ansiosos en los Campos Eliseos para dialogar con él.

José de San Martín -libertador de pueblos- y George Washington, en los dos extremos del continente encarnan el ideal y la fe, la pertinacia en el

apostolado, el amor entrañable a la libertad. Nuestro Juan Pablo Duarte es el árbitro de los nobles renunciamentos. Y en la pequeña Honduras encontramos a José Cecilio del Valle, sabio redactor de la Independencia Centroamericana y Francisco Morazán, la radiosa personificación de la Unión Centroamericana.

Bolívar, empero, reúne en su persona todos estos magníficos atributos.

José Enrique Rodó, noble exponente del pensamiento americano, dice en su **Mirador de Próspero**, cuando hace la etopeya de Bolívar:

"Grande en el pensamiento, grande en la acción,
grande en la gloria, grande en el infortunio;
grande para magnificar la parte impura
que cabe en el alma de los grandes y grande
para sobrellevar en el abandono y en la muerte,
la trágica expiación de la grandeza".

Se agotan los adjetivos, se multiplican los elogios; pero no podemos aprisionar en su verdadera dimensión la apabullante personalidad de Simón Bolívar. Carlos Borges lo retrata así:

"...Partiendo del pie del Avila atraviesa como un relámpago el corazón de Venezuela, esguaza el Orinoco, devora la cordillera andina, se traga la llanura de Casanare, tumba de una cox en el puente de Boyacá el Virreinato de Santa Fe, salva de un salto el Marañón, brinca por sobre el Chimborazo, patea el oro del Cuzco, sube, hecho símbolo, a ser blasón de nuestro escudo y hecho bronce, se encarama en el monumento donde, a la luz olímpica de la antorcha de la libertad, que refleja el espejo del Hudson, mira a sus pies la gran patria de Washington y halla estrecho para su gloria el horizonte de los siglos".

Muchos han comparado a Bolívar, en la grandeza de su gloria militar, con los grandes generales triunfadores: Alejandro, César, acaso Gengis Kan. Pero sobre todo se lo compara con Napoleón Bonaparte, genio de ambición y poder que hizo un pacto con el dios de las victorias estupidas.

No hay paralelo idóneo entre Napoleón Bonaparte y Simón Bolívar. Cuando el francés Costa du Rels intentó hacerlo, bajo el argumento de que ambos destruyeron los imperios y las tiranías, así como organizaron sus conquistas, surgió el aserto de que Bolívar luchó por la libertad de las naciones y Bonaparte por la grandeza y ambiciones propias. El desmentido se lo había dado el propio Libertador a Páez cuando éste le aconsejó ceñirse corona real.

"Yo no soy Napoleón ni quiero serlo -le dijo-. El título de Libertador es superior a todos los que ha recibido el orgullo humano; por tanto, me es imposible degradarlo".

Pero es que en este hombre, que jura desde el monte Aventino, en presencia de su admirable maestro Simón Rodríguez, mientras dilataba su mirada sobre la extensión de lo que fuera el centro de un gran imperio secular, liberar su patria de todo yugo opresor, latía con fuerza poderosa, un corazón romántico. Por eso fue idealista, soñador, recio y poeta. Poeta de la prosa y en el tremar del alma. Elocuente orador y correcto manejador del habla.

Según el poeta José Joaquín Olmedo:

"...el idioma de Castilla asumió en la pluma del Libertador actitudes nuevas, obtuvo sonoridades inauditas. Aquel lenguaje fulgurante, lleno de cláusulas cortas, de ráfagas de odio, aquellas palabras de pasión, aquellas voces de apremio, aquellos gritos humanos, aquellos alaridos del patriotismo, revelan al hombre nuevo y que el espíritu de la Revolución había encontrado para anidar la mente de un genio exaltado y para difundir una gran voz y una gran pluma".

Américo Lugo, nuestro elegante escritor de péñola dorada, lo retrata, con breves trazos, en la grandeza de su personalidad de guerrero y escritor. Bolívar es, según nuestro gran compatriota:

"...uno de los más estupendos ejemplares humanos por la variedad de sus aptitudes, escritor tan grave y brillante como Shakespeare y de más originalidad y clara visión política que el mismo Rousseau, par de César en talentos militares y legislador superior a Licurgo y Solón conjuntamente...".

Dijo Rodó, en discurso que pronunció con ocasión del traslado de los restos de Juan Carlos Gómez desde Chile a Montevideo que "ni Sarmiento ni Bello ni Montalvo son escritores de una u otra parte de América, sino los ciudadanos de la intelectualidad americana". Y con esto expresaba, a sabiendas, un pensamiento que fue el sueño de Bolívar, quien pretendió dar libertad a Cuba y Puerto Rico, sueño que en heroica medida -con respecto a Cuba- realizaron José Martí y Máximo Gómez: un cubano y un dominicano de Baní. Y es bueno que se sepa que la libertad de Puerto Rico -cuyo ideal floreció en mi patria, en la mente de los egregios puertorriqueños, Hostos y Betances, quienes pasearon su nostalgia de patria por los predios de Puerto Plata, -fue

lirio inmaculado cultivado en la gleba feral del alma de nuestro Gregorio Luperón. Por eso Bolívar, no obstante nuestros resabios históricos por sus desavenencias con Núñez de Cáceres, ampliamente justificables a la luz de la razón histórica, tiene decidido sitio en nuestra patria.

Para Unamuno, Bolívar fue uno de los más fieles adeptos del ideal quijotesco. El mismo estaba muy imbuido de este sentimiento y así lo reconoció cuando reveló a su médico que hubo en las errancias de su epopeya heroica algo de majadería -como en las del Quijote y Cristo- toda vez que araba en el mar. Y se empecinó, con romántica terquedad, en el atuendo de esta lucha, que aunque culmina con el incendio colosal de un ideal glorioso, acaba con su vida y lo tira, con pávida maldad, sobre las turbias cenizas de la ingratitud.

Rousseau, llamado el patriarca del pesimismo, conforma el alma del gran héroe venezolano a través de los dos volúmenes de su **Contrato Social**, que el general inglés Roberto Wilson regaló al Libertador. Le insufló no sólo sus ideas sino también su desolación. Y así le oímos exclamar, en carta que en 1824 escribía al marqués del Toro:

"Entienda usted, mi querido marqués, que mis tristezas vienen de mi filosofía y que yo soy más filósofo en la prosperidad que en el infortunio".

Juan Jacobo Rousseau, el enciclopedista que, después de Voltaire, ha concitado más admiración, la que pasa las lindes del siglo XIX, en su **Contrato Social**, breviario de los jacobinos, preconiza lo que se ha dado en llamar despotismo social. Aunque algunos han menospreciado al gobierno por las puerilidades de sus **Confesiones**, apasiona la vehemencia de su estilo y su teoría acerca de la innata bondad del hombre. Bolívar no lo sigue servilmente.

Cartas y manifiestos son el exponente de su altivo pensar sin horizonte, de un escritor coherente, de un correcto escritor, hasta donde era posible en el atuendo estremecido de su lucha secular. También el **Emilio** de Rousseau conforma su alma: en esa fuente bebe la fe y el amor a la democracia severa que inclina el carácter hacia la tolerancia y el rigor. En su famoso **Manifiesto** expresa:

"Es preciso que el gobierno se identifique, por decirlo así, con el carácter de las circunstancias, de los tiempos y de los hombres que lo rodeen. Si estos son prósperos y serenos, él debe ser dulce y protector; pero si son calamitosos y turbulentos, él debe mostrarse terrible y armarse de una fineza igual a la de los peligros sin atenerse a leyes ni a constituciones".

Bolívar tuvo que enfrentarse a contradictorias contingencias de la vida y

de los aconteceres en los que se vio constreñido a esgrimir el cetro inflexible de la dictadura para impedir la quiebra de su obra patriótica.

Joaquín Balaguer que ha escrito páginas admirables de exaltación a las glorias del Libertador, escribe en uno de sus discursos magistrales:

"¡Sorpresas de la historia, ironías de la vida, contradicciones del destino! El ideólogo admirable que trazó en el Congreso de Angostura un estatuto digno de Platón y de los más puros intérpretes de la naturaleza humana tuvo que gobernar, cuantas veces le tocó ejercer el poder, como caudillo autoritario, no menos férreo en sus actos que Páez, ni menos veleidoso en sus juicios que Santander o que cualquier otro de los letrados neogranadinos que lo ayudaron a estructurar el armazón jurídico y político en que intentó afianzar el edificio de la Gran Colombia".

Y repite las palabras del Libertador en víspera de asumir la dictadura:

"Un magistrado republicano no es otra cosa que una víctima: las leyes de un lado, lo encadenan, y las circunstancias, por otra parte, lo arrastran".

Pero es obvio que nadie ejerció el mando con mayor desprendimiento que él: no se enriqueció, como Santander y un consenso de políticos, sino que él, que era rico por herencia, murió empobrecido, mísero y casi en la indigencia.

Simón Bolívar, también, amó mucho, con hondas ternuras quejicosas hasta las estremecientes lindes del llanto, con vehemencias pasionales incontenidas que conmovían su alma romántica. Amó, con viriles tormentas desatadas en el hondón de la vida que el presentía corta y atormentada, y esos amores, antes que atemperar su corazón lo incendiaron de adorables angustias. Muchas mujeres pasaron por su vida, y el hombre que "tenía la cortesía del que lleva una flor", según nos dice Llorens Torres en su soneto, vio derramarse sobre su figura ecuestre montones de rosas que manos femeninas le arrojaban, seducidas por su deslumbrante presencia triunfadora. Según el escritor costarricense Demetrio Gallegos:

"...en los pórticos de las ciudades, así como en muchos pueblos, las mujeres lanzaban flores al paso del guerrero para que sobre una alfombra de ellas pasaran los piafantes caballos de los libertadores".

Muchas fueron las mujeres que aromaron su vida atribulada: María Teresa Toro, su esposa, delicada y hermosa, muerta en pleno idilio para enlutecer su romántico corazón; Fanny Aristaguieta, baronesa de Trobriand, quien lo

aparta de la vida frívola a que lo había arrastrado la viudez -por lo que Horacio Blanco Fombona la llama la médica del alma- y tiene decidido influjo en el ideal bolivariano...

"Los ángeles tutelares de Bolívar -afirma Blanco Fombona en aquella ocasión, -fueron: su maestro Simón Rodríguez, a quien encontró en Viena dedicado a experimentos de laboratorio y Fanny...a quien había conocido en Bilbao, en casa de la familia Toro, la primera vez que estuvo Bolívar en Europa".

Manuelita Saenz, la Libertadora del Libertador, llamada Manuelita la Bella, quien siguió al titán desde Quito, donde quiso anegarlo en flores ufanas y amorosas, abandonó a su esposo, que era un médico inglés, y estuvo a su lado aún en los días aciagos de su ocaso salvándole la vida cuando un grupo de bandidos, con Pedro Carujo a la cabeza, asaltó su morada en Bogotá para asesinarlo.

Los amantes, en la soledad de su amor, escuchan el rumor de muerte que se acerca: los sicarios avanzan, roncans de odio, traicioneros y sedientos de sangre leal; en sus manos fulguran los puñales asesinos. Manuelita obliga al héroe a saltar por una ventana hacia una calle libre de acechanza y enfrenta a los esbirros. Los convence de que Bolívar no está allí, en riesgosa actitud persuasiva, y da tiempo a que éste llegue a la plaza, donde hay rezagos de sus tropas leales que lo victorean. El héroe se ha salvado.

Otras mujeres magníficas ponen su nota de amor y de heroísmo en su álbum perfumado, que fueron recuerdos adorables de su lúgubre agonía: Mercedes Abrego, decapitada crudelísimamente porque henchida de celo amoroso bordó con hilos dorados el uniforme del Libertador; Josefina Madrid, quien el 4 de agosto de 1813, ataviada de blanco, con otras damas de aliño igualmente albo, arrastró el carro triunfal del héroe y a quien don Luis Aloyza llama la Madame Pompadour de Bolívar, porque a su lado desafió los peligros de los campamentos y las miserias del éxodo; Anita Lenoit, a quien conoció en uno de sus viajes a París y lo amó desesperadamente; la trigueña Josefina Machado, en Caracas, ambiciosa y audaz; María Joaquina Galves, en el Alto Perú y la dominicana, nacida en La Vega, Luisa Crober, a quien conoció en su segundo viaje a Jamaica.

Al amor de esta vegana debió el futuro Libertador su vida por un afortunado azar de la vida y la pasión.

Dice, al respecto, Indalecio Liévano Aguirre, en su libro **Bolívar**:

"Luisa Crober era criolla dominicana, dueña, en la isla de una fortuna nada despreciable y de cierta influencia, a la cual no eran ajenas sus celebrados encantos de mujer".

Desengaños de amores, desgana de ilusiones y acerbidad del corazón la llevaron desde el risueño Valle de La Vega Real, en nuestro Cibao, a la sobria inquietud jamaiquina. Y allí conoció a Bolívar, iluminada de inéditos esplendores gloriosos su frente, pero desolado y triste, abandonado de todos, como un réprobo del Olimpo. Y lo amó. El biógrafo apunta, entonces:

"Cuando Luisa Crober supo la historia de Bolívar, su fulgurante ascenso y su rápida caída; cuando conversó con este joven, para tantos un iluso, que hablaba de libertar un mundo y escasamente tenía para comprar un pan, indefinible interés la acercó a él, borró de su gesto el altivo ademán que a muchos había encadenado a sus plantas y puso en su sonrisa una ternura que le salía del alma y en la cual parecían consumirse las cenizas que ocultaban el natural ardor de esta naturaleza, antaño afectuosa y apasionante".

A este amor apasionado, henchido de tristezas y melancolías, de encantadores sueños con la gloria, debió el Libertador su vida, en un episodio que Rumazo González refiere en su libro **Manuelita Saenz la Libertadora del Libertador** como sigue:

"Una noche el caraqueño -como hace con frecuencia para endulzar su destierro- se queda más tiempo de la cuenta en casa de la dominicana Luisa Crober. Esa misma noche su esclavo, el negro Pio, contratado por un catalán a quien, a su vez, había comprometido Morillo por la suma de cinco mil pesos, penetra sigilosamente en la habitación de Bolívar. Hay oscuridad profunda. El negro conoce la hamaca en que duerme su amo y, sin titubeos, hunde el puñal en el pecho de la persona allí dormida. A la mañana siguiente las gentes se agolpan en la casa de huéspedes de Rafael Poisce (en la esquina que forman ahora las calles Prince y Whitep), pues las autoridades investigan el asesinato de Félix Amestoy, ex habilitado del General Bolívar y su leal amigo. Se había acostado en la cama del caraqueño para descansar mejor".

Después vino la epopeya gloriosa, su **Iliada** inmortal.

Después, el triunfo, la balumba indomable de los vítores, la zalema que se agazapa para agasajar a quien la rechaza y no la ha menester.

Después, las contingencias políticas rampantes e inconsecuentes como las tempestades esperadas.

Después, la ingratitud, los desengaños, la desilusión y su triste despedida de la vida el 17 de diciembre de 1830, a los 47 años de edad.

Sus últimos días fueron una tragedia, de esas desgarradoras que borda la vida en un cañamazo maldito, pero que parecen venir del seno tenebroso y dolorido del alma, trágica pero sublime del griego.

Perseguido y maltrecho, casi solo, desgarrado el pulmón por la labor proterva de los bacilos de Koch que implacablemente lo devoran, marcha este Prometeo, maltrecho, pero no vencido, rumbo a un exilio cruel, con las visiones nostálgicas y dolorosas de sus glorias.

El general en su laberinto, de García Márquez, más que una epopeya profana, es una tragedia que escribiera un raro Esquilo tropical donde el sólito escenario es la realidad. Y aunque el sentido es esquiliano, pone Eurípides también su pensamiento sobre las incidencias desventuradas de este formidable titán desfallecido en manos del destino.

Fue en Santa Marta: enfermo, hundido en el dolor de sus nostalgias heroicas y presa de las zarpas de un crudo invierno, crudelísimo y sañoso. Rodaban por el suelo, hechas polvo, las columnas de un altivo ideal abandonado. Las ambiciones conmovían su obra prometeica y el edificio de la unión y de la dignidad se agrietaba. En Venezuela se le ultrajaba y pedían su expulsión de Cundinamarca; se le quería asesinar y echar su corazón a la voracidad sangrienta de los lobos...Y se moría.

En su turbio delirio llamaba a José, su criado y le decía: "Vámonos, José, que de aquí nos echan ¿dónde iremos?".

Y bajó a la tumba repitiendo el párrafo final de su última Proclama:

"Colombianos: Mis últimos votos son por la felicidad de la patria. Si mi muerte contribuye a que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro".

Señores: El destino histórico trazó un paralelo trágico entre Bolívar y Duarte en la historia dolorosa de sus postreros días.

Duarte, de alma liral, la pureza y máximo paradigma del sacrificio, ha dilapidado su fortuna y la de los suyos en la empresa de la libertad; y muere, desmedrado y pobre, entre las tercas dentalladas de la miseria en su mísero hogar de Caracas. Agoniza con horrorosa agonía de casi un año, el pulmón destrozado por los crueles tentáculos de la tuberculosis. Pero rehusa toda dádiva que venga de la patria, de la patria que él redimió y lo desprecia. Antes que maldecirla exclama, con conmovible convicción: "El día que yo la olvide será el último de mi vida".

Bolívar, que era rico por herencia, también desprecia la riqueza que empeña y pierde en la empresa de la patria. Su agonía es prolongada y triste; la miseria, como lepra hambrienta, lo muerde y abate. Y escribe desolado:

"Yo estoy pobre, viejo, cansado y no sé vivir de limosna. Lo poco que me queda no alcanza para mi indigente familia a ruïnada por seguir mis opiniones".

Ambos se arruinan y arrastran a sus familias heroicas, de una casta olímpica agible sólo entre los semidioses olímpicos... Recuérdese la carta del sacrificio de Juan Pablo Duarte.

Bolívar rechaza, cuando más empobrecido está, el millón de pesos que el Congreso del Perú vota a su favor. Y exclama:

"Jamás he querido aceptar de mi patria misma ninguna recompensa de este género. Sería una inconsecuencia monstruosa si yo ahora recibiese de las manos del Perú lo mismo que habría rehusado a mi patria".

Pues él pensaba, y así lo dijo siempre, que el que trabajaba por la libertad y por la gloria "no debe tener otra recompensa que gloria y libertad".

Ambos, Duarte y Bolívar, realizaron un regreso triunfal a sus patrias, osamentas ya, eternas aunque deleznable, entre aclamaciones y cánticos en gigantesca palinodia reivindicadora.

Necesitaron morir para llegar a los Campos Eliseos y dialogar con el genio inmortal de la epopeya y volver al alma de sus pueblos como símbolos magníficos de grandor y patriotismo.

Esta noche, señores, al evocar al gran Libertador quiero hacerlo con versos de Olmedo en La Victoria de Junín:

...el canto de victoria
que en ecos mil discurre, ensordeciendo
el hondo valle y enriscada cumbre,
proclama a Bolívar en la tierra
árbitro de la paz y de la guerra.

De la paz, de la guerra, de la muerte, del ensueño y del mármol con que se esculpen las estatuas de los divinos. Porque Bolívar, como San Martín y como Aquiles, el héroe que hace realidad el mito, se eleva sobre el Tabor de la divinidad. Y esta verdad nos llega desde Cicerón, quien nos dice: *Nemovir sine quodam adflatu divino, esto es: "no hay grande hombre que no tenga un soplo de divinidad"*.

*Conferencia leída en UNAPEC
Julio de 1990*